

# LA ESTACIÓN FINAL DEL LIBERALISMO

*Juan Manuel de Prada*

## 1. Señor del mundo

Señalábamos en un artículo anterior que la aceptación social de la eutanasia es la inevitable consecuencia del eclipse de la fe religiosa, que vuelve insoportable el dolor. Esta inevitable deriva la percibió magistralmente Robert Hugh Benson en la estremecedora *Señor del mundo* (1907), una novela de anticipación que retrata un mundo en el que ha triunfado un humanitarismo sin Dios y han desaparecido las diferencias nacionales; un mundo donde se ha impuesto una forma de organización, híbrido de capitalismo y comunismo, que permite divisiones partidistas para representar un simulacro de democracia ante las masas sometidas a un control mental colectivo.

En este mundo la religión se ha quedado casi sin fieles. «Dios, en la medida que era posible conocerlo, era sólo el hombre –reflexiona uno de los personajes principales del libro, el diputado Oliver Brand–; y la paz, no la espada que trajo Jesucristo, es la condición del progreso humano; la paz que brota de la comprensión, la paz que emana de un conocimiento claro de que el hombre lo es todo». Esta paz universal, lograda por un político que acaba siendo Presidente del Orbe, el enigmático Felsenburgh, sólo se topa con un enemigo –contra el que pronto se declarará una persecución abierta–, cierta fe «grotesca y esclavizadora», propia de «incompetentes, ancianos y disminuidos». Pero el humanitarismo sin Dios alcanza la hegemonía, revestido de un inmenso poder

que se abre paso en las conciencias, logrando que la Humanidad entera profese sus dogmas, incluidos los niños (que beben su jugo en las escuelas, «como antaño hacían con el cristianismo») y hasta los sacerdotes (que lo absorben «igual que antes absorbían a Dios en la Comunión»).

En este mundo tan parecido al nuestro, la eutanasia se ha convertido en la solución más eficaz y socorrida para acallar el dolor físico y, sobre todo, el dolor espiritual de la desesperación. Mabel, la mujer del diputado Brand, tendrá ocasión de presenciar como los «administradores de la eutanasia» abrevian la agonía de un herido en un accidente; pero antes de que lleguen el lugar del siniestro, ha logrado atender al moribundo un sacerdote de incógnito que le administra la extremaunción. Conmovida, y traumatizada, Mabel quiere saber algo sobre esa olvidada religión que lleva la paz a las almas torturadas, pero su marido logra disuadirla: «En el fondo de tu corazón –le dice– sabes que los administradores de eutanasia son los auténticos sacerdotes». Y Mabel, deseosa de alcanzar la paz, acaba ingresando en una clínica de eutanasia voluntaria. A medida que su vida se desvanece, Mabel descubre «algo que supo en un instante que era único. Entonces vio y comprendió...».

Ojalá quienes desde hoy recurran a la eutanasia que les brinda el humanitarismo lleguen a ver y comprender, antes de que su vida se desvanezca. Los «incompetentes, ancianos y disminuidos» que aquí quedamos debemos irnos preparando para la terrible persecución de Felsenburgh, que será la última y definitiva.

## 2. Sin ganas de vivir

Una prueba inequívoca de que el concepto de libertad instaurado por el liberalismo sirve, a la postre, para que socialistas y comunistas se impongan (como sosteníamos en otro artículo anterior) nos la brinda la reciente aprobación de la ley de eutanasia. Una libertad que convierte la voluntad humana en soberana inevitablemente se rebela contra el sufrimiento. En el viejo mundo en donde la libertad era capacidad de discernimiento para elegir entre el bien y el

mal dentro del orden del ser, el hombre aceptaba el sufrimiento como parte integrante de la vida. En el nuevo mundo regido por la libertad instaurada por el liberalismo, el hombre se rebela contra el sufrimiento; y en su rebelión aspira a suprimirlo por completo, tomando el control del destino humano a través de la ciencia. Sólo que, a la postre, la ciencia falla en su misión de suprimir el sufrimiento, dejando al hombre endiosado en ridículo; y entonces a la libertad autodeterminada sólo le resta suprimir la propia vida. La estación final del hombre endiosado por el liberalismo es la eutanasia; y en esa estación siempre hay un comité de bienvenida formado por socialistas y comunistas. El liberalismo sacude el árbol y los socialistas y comunistas recogen las nueces.

Por eso los liberales no pueden execrar convincentemente la eutanasia, pues es la consecuencia lógica del concepto de libertad que preconizan. Sólo quien entiende la libertad al modo aristotélico puede entender la vida como un *datum*, algo dado sobre lo que el hombre no puede disponer; y entender que el sufrimiento forma parte natural de la vida. Los partidarios de este crimen horrendo, para desprestigiar a quienes lo repudian, pretenden pintarlos como seres que profesan «creencias religiosas»; en lo que tienen razón, aunque sea sin pretenderlo. Pues, en efecto, quien desea suprimirse, por suprimir su sufrimiento, es alguien que ha perdido las ganas de vivir. Como nos enseña Castellani: «Ningún padecimiento hay intolerable cuando el padeciente cree firme que un día acabará el sufrir y que todo va a acabar en bien. La cualidad de infinito comunicada al dolor proviene de una disposición de ánimo llamada desesperación». Y esta desesperación es fatalmente consecuente con la convicción de que no hay otra vida. Es inevitable que una sociedad crecientemente atea encuentre en la eutanasia el alivio a los sufrimientos que ya no puede soportar; y la eutanasia no es más que un síntoma revelador de la autodestrucción que la aguarda, a la vuelta de la esquina. Ha ocurrido lo mismo en todos los crepúsculos de la Historia, con todas las civilizaciones que perdieron la capacidad para soportar los padecimientos, tras perder la fe.

El liberalismo, nos enseña Donoso, es una escuela sin teología; pero, por ello mismo, acaba engendrando escepticismo y, en última instancia, ateísmo. Que es el caldo de cultivo donde socialistas y comunistas (que, en cambio, profesan a machamartillo su particular teología) pueden aprobar tranquilamente la eutanasia.

### 3. Ya somos materia inerte

Con la aprobación de la ley de eutanasia ya puede decirse sin exageración que hemos dimitido de todas las inclinaciones propias de los seres vivos. Decía Santo Tomas que existen tres inclinaciones naturales en el ser humano que la ley debe proteger: una específica del hombre, que es la inclinación a vivir en comunidad y conocer a Dios; otra que el hombre comparte con los animales, que es la procreación; una tercera, que el hombre comparte con todo lo que existe, que es la conservación del su ser. Primero hicieron leyes que disolvían la comunidad política y mataban el anhelo de conocer a Dios, después hicieron leyes contra la procreación y ahora –con irreprochable lógica– hacen una ley contra la conservación del ser. Ya puede decirse con propiedad que hemos alcanzado el estado de la materia inerte, ese nirvana democrático.

Detrás de esta involución hacia la materia inerte, anida el concepto corrosivo de autodeterminación, la libertad que no acepta el orden del ser, la libertad que no se atiene a la verdad de la realidad humana y se cree capaz de reconfigurarla a su gusto. Una libertad que promete endiosar al hombre (aunque sólo lo animaliza, hasta convertirlo finalmente en materia inerte) y le concede instrumentos jurídicos para deshacerse de todo cuanto lo «limita» o «coarta» (o sea, lo mantiene en el orden del ser), exaltando sus pasiones más torpes y sus ambiciones más egoístas, en aras de alcanzar una individualidad soberana, autónoma, independiente de todo, incluso de sí misma. Esta autodeterminación (que no es, como los panolis que ponen tronos a las causas y cadalsos a las consecuencias piensan, un problema catalán) concede el derecho a liberarse de los vínculos familiares, concede el derecho a

liberarnos de la vida gestante que portamos en nuestras entrañas, concede el derecho a liberarnos de nuestro propio cuerpo, haciendo realidad nuestras fantasías penevulares más aberrantes. ¿Cómo no iba a concedernos el derecho a liberarnos de nuestra propia vida? La eutanasia es la estación final de la libertad autodeterminada, que primero despoja al hombre de Dios, después lo priva de su naturaleza, para arrastrarlo hasta un vacío perfumado por el disfrute de placeres plebeyos; y, cuando aparece en escena el sufrimiento y esos placeres se convierten en desesperación y angustia, le concede la eutanasia. Las ideas tienen consecuencias.

Y contra las ideas cuya estación final es la eutanasia no valen soluciones «conservadoras» o «progresistas», «liberales» o «totalitarias». Porque todas las ideologías modernas comparten un meollo de premisas filosóficas, que se resume en la aceptación del concepto de autodeterminación, de libertad que no acepta el orden del ser. Contra las ideas cuya estación final es la eutanasia sólo existe un antídoto, que es el pensamiento tradicional. Todo lo demás son querellas intestinas de facciones que disfrazan su ansia de poder de un «carácter cósmico», para engañar a los panolis, mientras los convierten en materia inerte.

#### 4. La eutanasia de la razón (I)

Uno de los espectáculos más horribles a los que puede asistir el hombre contemporáneo es el derrumbe generalizado de la razón. Se percibe en el debate (o falta de debate, más bien) sobre la eutanasia, en donde gentes ignaras con tribuna mediática o política han establecido que cualquier persona que se pronuncie en contra de este supuesto «derecho» debe ser señalada, por estar en contra de la «libertad humana». Sobrecoge que tamañas simplezas puedan proclamarse orgullosamente sin que nadie ose rechistar, por temor al anatema.

En primer lugar, habría que señalar que el concepto de «libertad» no es unívoco, por mucho que así lo pretendan los ignaros. Existe una libertad aristotélica que nos ayuda a discernir moralmente en la búsqueda de la verdad; y existe

una libertad degradada que permite al hombre deshacerse de todo cuanto lo limita y lo molesta, exaltando las pasiones más torpes y las ambiciones más egoístas, en aras de una individualidad soberana, autónoma, independiente de todo, excepto de sí misma. Es este segundo concepto degradado de libertad el que se suele enarbolar en el debate de la eutanasia; pero quienes lo enarbolan lo destruyen, incurriendo en una aporía insalvable.

Para demostrarlo, recurriremos a la autoridad de autores de la tradición liberal, para que no se diga que barremos para casa. Escribía John Stuart Mill en *Sobre la libertad* que «el principio de libertad no puede requerir que uno pueda ser libre de no ser libre». En efecto, salvo que hayamos decidido abrazarnos a la irracionalidad, habremos de reconocer (por mucho que defendamos el concepto más degradado de libertad) que ningún principio puede esgrimirse como fundamento de su destrucción. Y, al quitarnos la vida, estamos destruyendo la libertad que enarbolas. A una conclusión similar llegaba Kant en su *Fundamentación de la metafísica de la moral*, donde recurre al ejemplo del suicidio para ilustrar el método que debe utilizarse para diagnosticar si una conducta subjetiva se ajusta al imperativo categórico. Aunque Kant es plenamente defensor de la libertad individual, considera que el hombre sólo debe obrar «según aquella regla de conducta que pueda convertirse en ley universal». Una persona en circunstancias difíciles puede por amor a sí misma desear acortar una vida que le augura más calamidades y sufrimientos que placeres y satisfacciones. Pero, ¿puede este principio basado en el amor a uno mismo convertirse en ley universal de naturaleza? Kant sabe perfectamente que la ley universal de naturaleza nos indica –según señala Aristóteles– que el amor a uno mismo impulsa al hombre a conservar la vida y a resistir hasta el límite todo lo que pueda destruirle. Por lo que concluye que una ley universal que desease destruir la vida propia amparándose en el mismo impulso –el amor a uno mismo– que nos obliga a conservarla no resiste la prueba del imperativo categórico.

En efecto, es una natural propensión humana querer conservar la existencia, presupuesto ontológico para el ejercicio

de la libertad humana. Así que querer morir se convertiría en un acto contrario a la libertad humana; o, en todo caso, fruto de una libertad viciada, una libertad ofuscada por algún sufrimiento físico o moral, o por el miedo a padecerlo: dolores atroces, decadencia penosa, soledad, abandono, incluso la mera conciencia de convertirnos en un estorbo para los demás. No se trataría de una expresión de la «libertad humana», sino de una falta de libertad, o siquiera de una libertad constreñida, menoscabada y oscurecida (en algunos casos, incluso, una libertad manipulada por intereses externos turbios, por ejemplo de un descendiente deseoso de heredar, o de un Estado que desea disminuir el gasto sanitario). Si mañana alguien reclamase su derecho a convertirse en esclavo, pensaríamos –con recto juicio– que lo aqueja algún trastorno que ha ofuscado su libertad; pues el principio de libertad no puede ser esgrimido para su destrucción. Pero en el esclavo aún subsisten reductos de libertad interior que no pueden ser anulados, mientras que quien se quita la vida anula por completo su libertad. Sin embargo, no nos atrevemos a admitir que quien desea la muerte padece una ofuscación que vicia su libertad, sino que pensamos que está realizando un ejercicio supremo de libertad. Y promulgamos leyes que amparan el ejercicio de esta libertad viciada.

Lo cual es, pura y simplemente, un completo dislate filosófico y jurídico, una irracionalidad grosera fundada en coartadas emotivas, como seguiremos explicando en un próximo artículo.

## 5. La eutanasia de la razón (y II)

Con frecuencia, quienes defienden la eutanasia conciben grotescamente a sus detractores como una suerte de retrasados mentales, por considerar que su vida es propiedad de una fantasmagoría delirante a la que llaman Dios. Y proclaman, a renglón seguido, que el único dueño de nuestra vida es uno mismo. Pero, al hacer esta proclama, están incurriendo en una fantasmagoría infinitamente más delirante. Pues, aun suponiendo que Dios no exista, quien lo considere dueño de su vida al menos está respetando el sentido real

de la «propiedad», que para existir presupone dos realidades sustantivas y separadas. Somos dueños de una casa, de una tierra o de la obra salida de nuestras manos; pero no podemos ser dueños de nosotros mismos. Lo explica José María Vaquero en un libro muy perspicaz de reciente publicación, *Eutanasia: de la buena muerte y sus aristas* (Editorial Verbum), en el que aborda este controvertido asunto desde el más puro materialismo filosófico. Y Vaquero observa muy atinadamente que, al proclamarnos dueños de nuestro cuerpo, estamos incurriendo en una disociación esquizoide de nuestra integridad personal. ¿Quién es dueño de nuestro cuerpo? ¿El alma? ¿Pero no era el alma un principio vital infundido por Dios? ¿Puede creer en la existencia del alma alguien que no cree en Dios? El alma –para cualquier creyente que no esté infectado de espiritualismos absurdos– es indisociable del cuerpo, mientras dura nuestra vida terrenal; no puede «salirse» del cuerpo para formar una realidad separada que proclama su propiedad sobre el cuerpo. Así pues, quien afirma ser dueño de su cuerpo incurre en una parodia grotesca y locoide de las creencias religiosas.

¿O tal vez, al hacer esta afirmación, está reconociendo la existencia de la «conciencia»? Una conciencia que, por supuesto, ya no sería el juicio de la razón práctica que dictamina el valor moral de los propios actos, conforma a una ley universal de naturaleza, según establece la filosofía aristotélica (y también la kantiana, por cierto). Se trataría, más bien, de una conciencia entendida como fuerza compulsiva que decide a su libre arbitrio sobre el bien y sobre el mal, y que considera que tal juicio es verdadero por un criterio puramente emotivista de «conformidad con uno mismo»; o sea, la conciencia entendida como justificación de nuestra propia subjetividad. Pero afirmar tal cosa equivale a decir que la conciencia no es libre. Pues, como también observa José María Vaquero, la conciencia no puede ser una entidad desconectada y flotante en el vacío. Si no está conectada a una ley universal, tiene que estar necesariamente conectada a la coyuntura en la que vivimos; es decir, tiene que estar determinada –como afirmaba Marx– por el «ser social», por el proceso histórico-cultural en que estamos inmersos. Al



negar una ley universal de naturaleza, la conciencia se convierte en un pelele del clima cultural en el que nos desenvolvemos. Apelar a una supuesta libertad de conciencia según la cual es el individuo en que determina su decisión, se convierte en algo ridículo: son siempre las «circunstancias» las que determinan nuestra acción.

Y las «circunstancias» que moldean la conciencia del enfermo que reclama la eutanasia son antípodas de un ejercicio de auténtica libertad. En un estudio que acaba de publicarse en Canadá, leemos que una de cada tres personas que solicitan la eutanasia alegan «la percepción de ser una carga para la familia, los amigos o los cuidadores»; y a ellas se suma una de cada ocho que alegan padecer «aislamiento o soledad». No son personas, pues, «dueñas» de su vida, ni «libres» para concluirla; son personas cuya conciencia ha sido moldeada por circunstancias penosas, que en muchos casos no se limitan siquiera a los padecimientos propios, sino que incluyen los padecimientos que otras personas les infligen, abandonándolas o haciéndoles percibir como una carga.

«Quien tiene un por qué para vivir puede soportar cualquier cómo», afirmaba Nietzsche. Y, ciertamente, hay «cómos» muy aflictivos; pero esa aflicción es directamente proporcional a la falta de «por qué» para conservar la vida. Y esos «por qué» que dan sentido a nuestra vida no son fantasmagorías, sino realidades sustantivas y separadas de nosotros mismos. Realidades que nos pertenecen y a las que podemos pertenecer, porque no somos seres soberanos y autónomos, sino dependientes y vinculados. Y esos vínculos y dependencias son los que nos hacen verdaderamente libres y alumbran nuestra razón para conservarnos vivos. La conducta ética consiste en restaurar esos «por qué» que los enfermos han perdido; aceptar su ausencia, para después solucionar el vacío administrándoles la muerte, es una eutanasia de la razón.

## 6. Seréis como dioses

He tenido la fortuna de prologar una obra de Gustave Thibon, el gran filósofo campesino, titulada *Seréis como dioses* (editada por Editorial Didaskalos, con traducción de

Pablo Cervera), un híbrido de diálogo metafísico y novela de ciencia-ficción que aborda el asunto de la inmortalidad humana. En las mitologías paganas, el anhelo de inmortalidad se resolvía en la consecución de la eterna juventud. En *Los viajes de Gulliver*, el burlón Swift imaginaba unos inmortales convertidos en lastimosas piltrafas, decrepitos y con demencia senil, que habían sido declarados incapaces y no podían disfrutar de sus bienes. Y Jorge Luis Borges, en su relato *El inmortal*, se refiere a un hombre al que la sucesión de los días acaba consumiendo de tedio; algo semejante a lo que también le ocurre al protagonista de *Bomarzo*, la novela de Manuel Mújica Laínez, para quien la pérdida de la inmortalidad resulta un alivio. No en vano Borges y Mújica Laínez son hijos del cansancio de la modernidad.

Pero la ciencia-ficción de las últimas décadas ha recuperado una visión eufórica de la inmortalidad que enlaza con los mitos paganos, a veces entreverada de una puerilidad ruborizante (¡la tabarrita de los «superhéroes»!). También en las últimas décadas, los avances científicos –que ya no buscan tanto conocer la naturaleza como dominarla– pugnan por alcanzar la fórmula mágica de la inmortalidad, mediante técnicas que alargan nuestra existencia, sanan nuestras enfermedades y regeneran o multiplican nuestras células, hasta convertirnos en seres «transhumanos» capaces de vencer el envejecimiento y su séquito de achaques. Y todo esto ocurre, paradójicamente, mientras las democracias se afanan por legalizar la eutanasia.

En *Seréis como dioses*, Thibon imagina un mundo futuro en el que la muerte ha sido por completo suprimida; un mundo en el que la ciencia ha brindado a los hombres la inmortalidad... a costa de dejarlos sin eternidad, a costa de impedir que se reúnan con Dios. A Amanda, la protagonista de la obra, todos le cantan las loas de la inmortalidad, que además se procura democráticamente a ricos y pobres. Pero Amanda reniega de la igualdad de los hombres sin Dios –esa nivelación aborrecible que nos convierte a todos en patéticos monarcas de una vida estereotipada– y añora la igualdad de las almas ante Dios, que es la única que ni la democracia ni la inmortalidad prometida por la ciencia nos pueden

brindar. Y, además, Amanda descubre que la inmortalidad mata al alma, porque le impide cumplir su verdadero destino, que es fundirse en la plenitud de un amor infinito que sólo se puede alcanzar en la vida eterna. Tal vez por eso nuestra época, a la vez que suspira por alcanzar la inmortalidad, se conforma con amores cada vez más estragados por la prisa, amores nerviosos de interné, amores de adulterio y zurriburri, amores sucesivos y superpuestos, poliamores de baratillo, ensalada de amores con edulcorantes y resacón de angustia. Y, como le falta el amor eterno, nuestra época ansiosa de inmortalidad acaba recurriendo a la eutanasia.

*Seréis como dioses* es, en fin, una obra terriblemente bella que nos enseña que la muerte «no es un accidente de la naturaleza: es un castigo y una promesa». Y, como afirma uno de sus personajes, en una formidable maldición: «Os habéis sustraído al castigo y la promesa se ha arruinado como una fruta pocha. Es el gran pecado final que viene a sellar el pecado original, es el Omega del repudio. Todos los hombres vivos en esta hora están infectados con él y desnaturalizados, y ningún Dios bajará del cielo para absolver ese pecado con su sangre».

## 7. Inevitable eutanasia

Cierta derecha quiere hacer creer a sus adeptos que el llamado «marxismo cultural» está imponiendo una agenda contraria a la familia y la vida, con el evidente propósito de evitar que reparen en la auténtica filiación de esta agenda. Pues el llamado «marxismo cultural» no es, en realidad, más que liberalismo consecuente; y si los progresistas se muestran más voluntariosos y pugnaces en llevar a cabo esta agenda que los melindrosos y timoratos conservadores es porque las dinámicas propias de la revolución así lo exigen. Los progresistas son la vanguardia que avanza abriendo brecha; los conservadores la retaguardia que consolida los avances.

Reparemos, por ejemplo, en la eutanasia que está a punto de imponerse por ley. Nuestros antepasados soportaban con mayor o menor resignación el sufrimiento causado por la enfermedad porque creían que, además de completar los

sufrimientos del Dios que se hizo hombre por su salvación, ese sufrimiento era una fruslería, comparado con la bienaventuranza que les había sido prometida tras la muerte. Y, para ayudarles a sobrellevar el sufrimiento, nuestros antepasados contaban con una comunidad que cuidaba de ellos y les brindaba consuelo. Pero el liberalismo impuso la premisa de que somos más plenamente humanos cuanto más nos liberamos de toda tradición y comunidad; o, en todo caso, cuando elegimos la «tradición» y la «comunidad» que nos apetecen, desde una posición de completa autonomía. Inevitablemente, en este nuevo contexto el sufrimiento es algo por completo absurdo que, además, se erige en una amenaza flagrante a nuestra autonomía personal. El hombre autónomo (¡autodeterminado!) que nace con el liberalismo se rebela contra el sufrimiento que regía en el viejo mundo gobernado por Dios; pero para ello debe reemplazar él mismo a Dios, tomando el control del destino humano. La confianza en la voluntad de Dios propia de nuestros antepasados se transforma en confianza en el conocimiento humano y en los avances científicos y tecnológicos que tal conocimiento procura.

Así, la medicina deja de desempeñar el papel que durante siglos o milenios se le encomendó, que fue la «cura» (en el sentido de «cuidado») de las personas enfermas; y se le asigna la misión de «cura» (en el sentido de «eliminación») de la enfermedad. El hombre moderno ya no necesita una comunidad que lo cuide cuando esté enfermo (y, cuando la necesita, descubre que no la tiene); y exige avances científicos y tecnológicos que le confirmen que la enfermedad puede ser eliminada, para poder tener el control de su destino. La enfermedad, para el hombre moderno, se convierte en un sinsentido que debe ser erradicado por nuestra racionalidad plasmada en los avances médicos. Pero, ¡ay!, resulta que todos nuestros avances médicos se muestran impotentes ante muchas enfermedades, que todos nuestros remedios se muestran ineficaces ante el sufrimiento. ¡Pero no podemos permitir que la ciencia se declare impotente! ¡Tenemos que hacerla potente al precio que sea! Nuestros antepasados sabían que llegaba un momento en que los médicos ya nada podían hacer por nosotros; y entonces había que esperar la

muerte o el milagro. Nosotros exigimos a los médicos que actúen, para demostrar que la ciencia no es impotente ante nuestro sufrimiento. Puesto que lo hemos confiado todo al poder ilimitado de los avances científicos y tecnológicos alcanzados por el conocimiento humano, debemos someter nuestra vida a estos avances. Y si la medicina no puede procurarnos una cura, al menos debe procurarnos la muerte. Si la ciencia y la tecnología no pueden eliminar nuestro sufrimiento, ¡exigimos que nos eliminen con él! Antaño, cuando existía comunidad, la compasión exigía a quienes contemplaban el sufrimiento compartirlo; en el mundo instaurado por el liberalismo, la compasión exige eliminar el sufrimiento, aunque sea matando al sufriente, para demostrar que ejercemos un control absoluto sobre nuestro destino, para demostrar que podemos elegir libremente el momento y las circunstancias de nuestra muerte. Y así, además, a la vez que eliminamos el sufrimiento eliminando a los sujetos que lo padecen, logramos olvidar que nuestra pretensión de eliminar la enfermedad era quimérica.

La eutanasia es la respuesta lógica e inevitable del hombre moderno, cuando descubre que su pretensión de controlar su destino es un fracaso, cuando comprueba que la ciencia no lo ha liberado del sufrimiento y, en cambio, lo ha dejado más tirado que un perro, sin autoridad y sin tradición, sin Dios y sin comunidad. La eutanasia, en fin, es la estación final del hombre endiosado por el liberalismo.

## 8. Compasión eutanásica

Allá por 1939, el Tercer Reich desarrolló un plan para el asesinato de enfermos incurables denominado «Aktion T4». Varias decenas de miles de alemanes aquejados de enfermedades terminales hallaron así una «muerte misericordiosa». Aunque este programa de eutanasia de Hitler ha sido calificado erróneamente como «prueba piloto» para los campos de exterminio masivo, lo cierto es que fue concebido como un recurso compasivo; pues los jerarcas nazis consideraban que una vida estragada por el dolor no merecía la pena ser vivida. Para perpetrar estas eutanasias no se solicitaba el

consentimiento del enfermo, sino que bastaba con que un «examen médico crítico» dictaminara que el paciente padecía una enfermedad incurable (y hay que señalar que casi todos los médicos alemanes se adhirieron con entusiasmo a este plan eutanásico). Pero, en lo demás, era un plan que estaba guiado por presupuestos muy similares a los que la sensibilidad contemporánea admite tan tranquila.

Así, por ejemplo, la expresión «vidas indignas de ser vividas», que el régimen nazi convirtió en muletilla justificadora de sus desmanes eutanásicos, guarda una inquietante proximidad semántica a nuestro «derecho a una muerte digna». Hemos aceptado que los padecimientos tornan indigna nuestra vida; cuando lo cierto es que el dolor, la decadencia, el sufrimiento, el menoscabo paulatino de nuestras facultades también forman parte de la vida (y parte tan constitutiva que una vida que no incorporase tales experiencias no merecería, en puridad, el calificativo de humana). Aunque desde algunas tribunas se nos pretenda imbuir la creencia de que la vida es un infinito páramo de bonanzas, lo cierto es que, si hay una circunstancia por encima de cualquier otra que enaltece la vida, es el sufrimiento (como prueba el hecho de que la mayor parte de las más altas creaciones artísticas se hayan producido bajo su influencia). Llamar «muerte digna» a la que uno se administra para evitar el dolor es, en realidad, una expresión muy taimadamente paradójica; y es también una expresión que contribuye a desanimar a quienes, padeciendo alguna enfermedad dolorosa, desean sin embargo seguir viviendo (que es, por otro lado, lo que desea el enfermo que no ha sido infestado por la desesperación). Vemos, pues, que una expresión de apariencia compasiva encubre, en realidad, un meollo de cruel impiedad que desalienta a los enfermos.

Del mismo modo que el plan «Aktion T4» consideraba que ciertas vidas eran indignas de ser vividas, la sensibilidad contemporánea considera que debe evitarse la «prolongación innecesaria» de una vida maltrecha. Pero, ¿cuáles son los criterios que se esgrimen para determinar que la prolongación de una vida es «innecesaria»? ¿No acabarán siendo los que convengan a la sensibilidad contemporánea? ¿No

podría ocurrir que una sociedad que ya no quiere cuidar de sus viejos en familia y los amontona en residencias de ancianos recurra a la eutanasia para liberarse «piadosamente» de un problema? ¿No podría ocurrir también que la eutanasia facilite las picarescas de herederos ansiosos, o de gobernantes que desean cuadrar los presupuestos públicos? La única diferencia entre el plan «Aktion T4» del Tercer Reich y la eutanasia que hoy se pretende imponer legalmente es el consentimiento del paciente. Pero, en realidad, el consentimiento del paciente es casi siempre dudoso. Un enfermo ofuscado por el sufrimiento puede prestar hoy un consentimiento que no prestaría mañana, como sabemos por muchos suicidas frustrados que luego se han arrepentido de una decisión afortunadamente fallida que adoptaron en circunstancias de enajenación pasajera. Y se plantearán muchos casos en los que el paciente no podrá ratificar el consentimiento que prestó en un pomposo «testamento vital» firmado en otro tiempo. ¿Quiénes lo suplirán entonces? ¿Sus familiares, que en muchos casos tendrán también cegada la capacidad de discernimiento, incapaces de soportar la postración del ser querido (o, por el contrario, deseosos de quitárselo de encima, para no tener que sufrirlo más o ahorrar el pago de la residencia)? ¿O tal vez los médicos cada vez más agobiados por las circunstancias penosas en que desarrollan su trabajo, cada vez más acuciados por la necesidad de dejar camas libres en los hospitales? ¿O, en último extremo, el Estado asfixiado por la insostenibilidad creciente de las pensiones?

Con razón nos advertía Cicerón que, entre todas las formas de pervertir el Derecho, la más alevosa es la que se envuelve con argumentos compasivos.